

El cuerpo de Ulises Adsuara apareció flotando en la bahía un domingo de agosto a las dos de la tarde cuando la playa estaba llena de gente. Las olas, que en ese momento eran suaves, lo fueron sacando a tierra boca arriba desde alta mar y al principio sólo era un punto oscuro que se divisaba más allá del rompiente del segundo espigón, por eso muchos bañistas lo confundían con un palangre o un madero, pero después su forma se fue concretando y finalmente comenzó a flotar con los brazos abiertos entre la multitud que chapoteaba en la orilla.

Nadie habría reparado en aquel cuerpo si hubiera ido en traje de baño ya que la suavidad de su vaivén era parecida a la de esos nadadores que se hacen el muerto, pero en este caso se trataba de alguien que nadaba vestido con esmoquin, pantalón gris negro con cinta de seda, fajín, camisa blanca, corbata de lazo y zapatos de charol. También llevaba una flor silvestre en el ojal que el oleaje no había logrado arrancar. Hubo un momento en que su mano crispada rozó el costado de una chica cuando ya el ahogado venía flotando entre los bañistas más

alejados de la orilla y el reproche que la chica le lanzó de repente se convirtió en un grito de pánico que alertó a cuantos estaban alrededor y que enseguida se multiplicó en unas voces de auxilio o de terror cuando finalmente la gente se dio cuenta de que estaba nadando junto a un muerto.

Acudió muy pronto la zodiac del equipo de socorristas alertado por los gritos que se iban sucediendo hasta la playa. Ulises Adsuara fue cargado en la lancha y aunque parecía evidente que se trataba de un ahogado con muchas horas de navegación, el equipo de socorro hizo por él todo lo establecido en las normas de salvamento. Primero se intentó reanimarlo con la respiración artificial, con un masaje cardíaco, con todos los ejercicios que vienen en el manual de la resurrección; un salvador muy bragado le dio varios besos de tornillo con que trató de devolverle el alma; después en la playa se le puso cabeza abajo para que arrojara el agua que llevaba dentro y finalmente fue depositado en la arena ardiente vestido como un novio y mientras llegaba la ambulancia el náufra-go quedó a pleno sol con las pupilas dilatadas a disposición del turismo, que no siempre halla un suceso de esta índole para matar el tedio del verano.

Aunque se trataba de un vecino de Circea, pequeña ciudad de 20.000 habitantes donde

todo el mundo se conocía, en el primer momento nadie pensó en aquel Ulises Adsuara, que fue famoso en los bares del puerto. El naufragio apenas le había alterado el rostro, aunque sí el cuerpo, pero en este caso había un elemento realmente insólito: resulta que Ulises Adsuara ya había muerto ahogado otro verano, hacía diez años. Entre los curiosos que ahora rodeaban su cadáver el guardia civil jubilado Diego Molledo, también vecino de esta población marinera, fue el primero en advertir que aquel náufrago no era desconocido. Cuando la ambulancia se llevó el fiambre hacia la ciudad el guardia civil volvió a sentarse en el chiringuito y no paró de darle vueltas a la cabeza mientras se tomaba unas cañas. No lograba dar con el nombre del ahogado hasta que su señora le pidió al camarero otra ración de patatas fritas y una mojama de atún. Eso le abrió de golpe la memoria. ¿Patatas fritas, has dicho? ¿Mojama de atún? Aquel náufrago se parecía muchísimo a Ulises Adsuara, cayó de pronto en la cuenta Diego Molledo, guardia civil jubilado, pero enseguida desechó esa posibilidad. Él era comandante del puesto cuando hace años, lo recordaba muy bien, a Ulises Adsuara se le dio por ahogado en esta misma playa, un domingo de agosto como éste. Su rostro no había cambiado demasiado. Aunque hubiera jurado que se trataba de la misma persona, en Circea todo el

mundo daba por supuesto que Ulises Adsuaara había zozobrado en su barca aquel verano, de modo que el guardia aceptó que estaba sufriendo una alucinación. Sólo unos pocos sabían que Ulises le había pedido a su mujer patatas fritas para comer ese día. A cambio él había jurado que le traería el primer atún de la temporada. Mientras Ulises naufragaba Martina estaba friendo aquel domingo aciago esas patatas que tanto gustaban a su marido, redondas, crujientes, ahogadas en el aceite de oliva que habían comprado durante la excursión por el alto valle de la Alcudiana. Ese dato fue objeto de comentario en la investigación, por eso ahora había abierto la memoria del guardia civil jubilado.

Cuando llegó la ambulancia al puesto de la Cruz Roja del Mar también allí se produjo el natural revuelo de curiosos. Todos los veranos se ahoga algún bañista en esta playa pero la gente no acaba de acostumbrarse a este tributo que el Mediterráneo se cobra en especie a cambio de tanta felicidad como proporciona. Los socorristas sacaron la camilla y antes de que fuera introducido en el ambulatorio el cadáver pasó descubierto por delante de la parada de taxis que había en la puerta. Uno de los taxistas, Vicente Lambert, viéndolo sólo de refilón, dijo que aquel muerto era Ulises Adsuaara, marido que fue de su prima Martina. Es

---

más, lo afirmó de forma rotunda. Pero enseñada otro taxista le rebatió:

—¿El profesor Ulises? ¡Cómo dices eso! Ulises ya murió una vez.

—No importa.

—Murió también ahogado.

—Se lo tragaría el mar o quien tuviera más hambre, pero su cuerpo no ha aparecido todavía.

—¿Y crees que un naufrago va a llegar a tierra después de diez años o más?

—No importa. Ese ahogado es Ulises. Yo tengo buen ojo para los muertos —aseguró su pariente lejano, Vicente Lambert.

El cadáver quedó tumbado en una mesa apropiada, cubierto con un paño, en aquel puesto de socorro a la espera de que llegara el juez, quien, como es lógico, siendo un domingo de agosto, había hecho todo lo posible para que no lo molestara nadie. Allí se personó un policía municipal, nuevo en la plaza, que primero husmeó el fiambre, luego le registró el traje y del bolsillo interior del esmoquin le sacó un pasaporte empapado, hasta el punto que la tinta corrida hacía difícil leer el nombre del propietario y su filiación. En cambio la fotografía plastificada estaba en perfecto estado y correspondía a los rasgos del muerto que en ese momento aún tenía los ojos azules muy abiertos y usaba la misma barba recortada que no era de

---

aventurero. Después de descifrar con paciencia cada una de las letras, el policía concluyó que la documentación pertenecía a Andreas Mistakis, natural de Corfú; de edad incierta, puesto que la fecha de nacimiento no se leía bien, aunque por la calidad de su dentadura parecía tener cuarenta años bien cumplidos.

Al principio se dio por bueno que el ahogado era un turista extranjero, probablemente griego, según constaba en el pasaporte, pero en aquella habitación donde permanecía el cuerpo aparente de Andreas Mistakis entraba y salía gente. Unos por curiosidad y otros por morbo levantaban el paño mortuorio para verle la cara y no pasó mucho tiempo sin que la polémica se planteara de nuevo. Las personas que rodeaban la mesa eran paisanos del ahogado, algunas de su edad más o menos, de modo que podían aportar algún dato acerca de su identidad. Todos coincidían en que el parecido con Ulises Adsuara, aquel profesor de literatura clásica, al que llamaban el Cazalla en los cafetines del puerto, era no sólo extraordinario sino casi milagroso. Pero uno de los presentes, Xavier Leal, que fue amigo y colega, profesor de dibujo en el mismo Instituto, planteó la primera duda. Ulises en vida tenía los ojos negros y su cadáver los tenía azules. Enseguida comenzó la discusión. ¿Cómo se puede recordar el color de unos ojos después de tantos años? Sólo si has estado muy ena-

---

morado. El testigo Xavier Leal aseguraba que esas pupilas dilatadas cuya tonalidad era de un azul verdoso transparente no pertenecían a aquel compañero que había desaparecido bajo las aguas del Mediterráneo. ¿Acaso a Ulises, después de pasar tanto tiempo en el fondo del mar, los ojos se le habían vuelto azules? Esta idea le parecía demasiado cursi o poética para manifestarla ante aquel cuerpo presente. En cambio la pequeña cicatriz que le partía la barbilla la reconocía como legítima de su colega, producto de un mordisco de amor que le había dado Martina en un momento en que ella sacó la loba que llevaba dentro, pero este hecho a Xavier Leal no le resolvió la duda. Creía que Ulises en vida no era tan alto, si bien el esmoquin le caía a medida.

Entre las personas que aguardaban al juez no había ningún filósofo. De ser así, mientras llegaba el informe oficial de la muerte, se pudo haber discutido de fenomenología, de la apariencia de los seres o de la realidad de los cuerpos presentes. Una sola peca o una mínima herida ayuda más al principio de identidad o a la investigación de un crimen que todos los conocimientos del alma humana. Las personas cambian. Su individualidad se inscribe en la piel mediante las erosiones que crea el tiempo hasta labrar un jeroglífico que la policía debe descifrar y en esta tarea hay momentos en que

---

los filósofos se cruzan con los detectives, pero alrededor del cadáver de Ulises Adsuara no había ningún filósofo y el único policía que se encontraba allí era nuevo en la localidad y no sabía nada de esta historia de aparecidos.

—Aquí hay un cadáver con el pasaporte en regla —dijo el policía municipal—. Hay que llevarlo al depósito del hospital para la autopsia. Que alguien avise al forense. ¿Por qué no viene el juez?

—El juez y el forense deben de estar en la playa.

—Habrán dejado, al menos, un número de teléfono.

—Lo estamos averiguando —contestó el jefe de los socorristas.

—Hay que buscarlos. Oficialmente este individuo no está muerto mientras no lo firme la autoridad competente y aquí hace mucho calor.

Encontrar a un juez y a un forense a las dos de la tarde de un domingo de agosto en una playa del Mediterráneo con siete kilómetros de sucesivas urbanizaciones que vertían oleadas de cuerpos desnudos en la arena, todos con el mismo deseo de quedar transfigurados, planteaba un problema tan difícil de resolver como saber quién era realmente aquel individuo vestido de boda que estaba tumbado en la camilla del puesto de la Cruz Roja en el puer-

to. Después de una hora de discusión se llegó al acuerdo de que se necesitaba más superficie de piel para reconocer a aquel ser que había vomitado el Mediterráneo. En estos casos siempre existe una peca secreta que soluciona la identidad de las personas, ese código del tacto que sólo conocen los amantes en la oscuridad, pero allí no había nadie, ni siquiera su amigo íntimo Xavier Leal, que aportara una prueba inequívoca sobre la identidad del náufrago. Alguien dijo que la única forma de salir de dudas era llamar a Martina, la hipotética viuda, para que reconociera el cadáver. Lógicamente ella debía recordar el cuerpo de su primer marido hasta el último detalle. El taxista Vicente Lambert corrió en busca de su prima.

Mientras tanto, después de muchos intentos por localizar al juez y al forense a través del móvil que estaba fuera de servicio, el jefe de los socorristas optó por mandar una furgoneta dotada con megáfono para que recorriera las playas voceando sus nombres, cosa que hizo durante una hora cuando el sol caía más a plomo sobre la arena. Sin duda uno de aquellos cuerpos desnudos, que se apelmazaban en la orilla del mar ese día tan caluroso de agosto, pertenecía a Fabián García, forense titulado, y otro a Leonardo Muñoz, juez de instrucción cuya firma era necesaria para dar avío a un cadáver.

---

En efecto, había que desenmascarar a un muerto vestido de esmoquin, pero ¿quién sería capaz de reconocer a un juez y a un forense totalmente desnudos? A lo largo del paseo marítimo una poderosa voz metálica que salía del techo de la furgoneta dio varias pasadas sobre la extensión de bañistas tendidos en la arena rogando a estos dos señores que se presentaran en el puesto de socorro. Atención, atención, don Fabián García, preséntese urgentemente en el ambulatorio del puerto. El altavoz lo llamaba de forma tenaz, cada vez con más autoridad, con más impertinencia. Atención, atención, se ruega a don Fabián García, preséntese urgentemente en la Cruz Roja.

El forense oyó sonar su nombre en el espacio y trató de abrir los ojos contra la vertical del sol que lo deslumbraba pero no hizo nada por abandonar aquel sopor de las tres de la tarde. ¿Sería Dios quien lo llamaba para el Juicio Final? Aunque fuera eso, no pensaba levantarse de la tumbona. Tendría que bajar Dios a condenarle allí mismo en la playa de La Sirena. El fulgor del sol en la piel le impulsó a rebelarse, a hacerse fuerte en aquella modorra tan dulce. Llegó a imaginar que si este placer del verano coincidiera con el Juicio Final, al oír las trompetas de los arcángeles, muchos muertos podían negarse a resucitar por simple pereza y él, Fabián García, forense titulado, sería

---

uno de ellos. Existe una rebeldía propia de los hedonistas, que se atrincheran en cualquier clase de dulzura y se niegan a experimentar más allá, pero desde el paseo el megáfono no cesaba de repetir su nombre obsesivamente, una y otra vez. Pensó que tal insistencia se debía, no a que tuviera que resucitar él mismo, sino a que se había producido algún muerto. Que se vaya al diablo, rezongó para sí. ¿A qué insensato se le habría ocurrido morir bajo el esplendor de un día como éste? El forense era un resistente desnudo que se sentía enmascarado por el resplandor del sol, de modo que decidió no cumplir con su deber y se quedó tumbado en la playa. Si había algún muerto, podía esperar a que terminaran esas horas de felicidad. Atención, atención, se ruega a don Fabián García que se presente a certificar un náufrago.

—Tendrás que ir. Insisten demasiado —le dijo su novia Marita extendida a su lado en la arena.

—No pienso hacerlo ahora. Iré después de la verbena. Tú y yo tenemos que bailar el chachachá —contestó el forense.

Por su parte el juez Leonardo Muñoz se encontraba a esa hora en la cala de los nudistas, al sur de la ciudad, un lugar al que sólo se podía acceder a pie a través de varios barrancos escarpados, por una bajada muy brava después de dejar el coche en una pequeña explanada an-

---

tes del acantilado. Leonardo Muñoz era un juez naturista. Durante la semana celebraba juicios, dictaba sentencias y ni siquiera en los días de fiesta abandonaba su oficio. En verano se llevaba algún sumario a la cala de los nudistas y se pasaba el domingo estudiando a pleno sol esos papeles completamente desnudo, solo, con unas empanadillas de espinacas y un perro lobo que atendía por el nombre de *Reo*. En ese momento tenía en las manos unos infolios en los que se relataban los pormenores de un crimen acaecido en su demarcación: un constructor muy conocido en esa parte de la costa había aparecido flotando dentro de una bolsa de plástico entre los cañaverales de un humedal con la evidencia de haber sido asesinado con un escopetazo a bocajarro por la espalda. La lectura de este caso de sangre se fundía en el cerebro del juez con el sonido de las olas y los gritos de los niños.

La cala estaba repleta de nudistas a las tres de la tarde de ese domingo de agosto cuando, de pronto, *Reo* levantó las orejas, movió el rabo y se puso a mirar muy nervioso un punto concreto de la línea del mar. Al parecer le había llamado la atención algún hecho que pasaba inadvertido a cuantos nudistas estaban nadando en ese instante.

El perro había quedado de muestra mientras el suave oleaje de la cala traía desde alta

---

mar hacia la arena un ramo de flores silvestres, atado con una cinta roja, que llegaba a la orilla meciéndose entre los cuerpos que chapoteaban. Tal vez esas flores, entre las que había algunos lirios salvajes, tenían a *Reo* muy intrigado porque las estuvo olisqueando lleno de interés cuando una niña nudista las sacó a la playa para mostrárselas a los padres que estaban en sus hamacas bajo una sombrilla. Poco después, por el mismo camino del agua, llegaba flotando una pamela blanca adornada con algunas frutas de raso. El juez Leonardo Muñoz, ajeno al nerviosismo del perro, siguió estudiando el crimen del constructor sin advertir tampoco que era requerido por el teléfono móvil, el cual carecía de cobertura debido a lo angosto de la cala.

Convencido de que el naufrago era Ulises Adsuara y nadie más, el guardia civil jubilado Diego Molledo que se había quedado en el chiringuito, llevado por un celo profesional nunca apagado, después de meditar sobre el caso a lo largo de tres cervezas, se decidió a investigar por su cuenta y para afianzarse en su convicción quiso contemplar de nuevo el cadáver. Se acercó al puesto de la Cruz Roja en el puerto y se sumó al corro de curiosos que opinaba sobre la identidad del muerto. Allí se enteró de la última novedad.

---

—Es un extranjero —le notificaron.

—¿Está demostrado?

—Lleva pasaporte. Es un griego o un italiano, nacido en Corfú, no se sabe todavía —contestó el policía municipal.

—Déjenme que le eche otro vistazo.

—Está a su disposición —dijo el jefe de los socorristas.

—Es imposible que un hombre se asemeje tanto a su cadáver y no sea el muerto. En mi vida he visto un parecido tan igual —afirmó Diego Molledo después de escrutarle atentamente el rostro.

Además del rostro del ahogado el guardia civil Diego Molledo también comenzó a analizar la ropa que vestía. El esmoquin pasado de moda tenía una mancha en la solapa y llevaba una etiqueta de un antiguo establecimiento de Valencia; los zapatos de charol eran de horma clásica; los pantalones aparecían con señales de polilla aunque no estaban usados, de modo que el muerto daba la sensación de que acababa de salir de un viejo armario cerrado durante mucho tiempo.

—Este pájaro se habrá caído borracho de algún yate durante una fiesta en alta mar —comentó alguien.

—También parece como si se acabara de casar. ¿Alguno de ustedes recuerda la boda de Ulises? —preguntó el guardia civil jubilado.

—Yo me acuerdo muy bien de su boda porque fui uno de los testigos. Se casó con este mismo esmoquin. Estoy completamente seguro —contestó Xavier Leal, el colega del Instituto.

—Eso que dice usted es muy curioso. ¿Podría explicarlo?

—Un servidor acompañó a Ulises un verano a Valencia a alquilar este mismo esmoquin. Lo recuerdo por esta mancha en la solapa.

—¿Cómo es posible acordarse de eso?

—Pues me acuerdo —exclamó Xavier Leal.

—¿Cuánto hace?

—Unos diez años lleva ya muerto. Y con Martina estuvo casado cinco o seis. Ésa es la cuenta. Los años que tenga su hijo Abelito.

—Ya, ya. ¿Y este papel? —exclamó el guardia civil jubilado haciéndose el detective inglés.

De uno de los bolsillos del esmoquin Diego Molledo acababa de sacar un papel humedecido que contenía un dibujo al carboncillo que el agua había convertido en una amalgama negra casi indescifrable pero en ella aún podían adivinarse algunos trazos, entre ellos el de la firma. Al ver ese papel Xavier Leal quedó muy turbado, guardó silencio, salió a la calle y no pudo reprimir las lágrimas. Ahora podía jurar que aquel muerto era Ulises.

El día en que lo tragó el mar, Ulises no iba vestido de esmoquin sino de pescador dominguero, con vaqueros, camisa de cuadros, gorra de visera, gafas de cuatro dioptrías y playeras. Aquella mañana de agosto, hacía diez años, Ulises preparó sus pertrechos para salir a pescar al curricán los primeros alevines de atún que ya habían comenzado a bajar desde el golfo de León, según contaban los marineros en los cafetines del puerto. Tenía una pequeña barca, bautizada con el nombre de su mujer, *Martina*, escrito en la aleta de estribor con letras azules. A media mañana en ella se hizo a la mar. Ya no volvió. Al caer la tarde su mujer fue a dar la alarma en el puesto de la Guardia Civil donde la atendió Diego Molledo y éste alertó al equipo de salvamento de la Cruz Roja. La lancha de los socorristas salió en busca de Ulises junto con otras embarcaciones de voluntarios pero la noche se echó encima en medio de una fuerte marejada y hubo que abandonar el rescate. Al día siguiente la barca de Ulises apareció a la deriva a varias millas de la costa. Tenía el curricán lanzado y en él se había enganchado un atún de medio kilo, el que Ulises había prometido traer a su mujer, mordido ya por otros peces. En el pequeño camarote habían quedado unas cervezas, un bocadillo de jamón intacto, el paquete de cigarrillos, las gafas y el transistor encendido que en el momento en que la embarcación fue

abordada por el equipo de socorro estaba dando por la radio local la noticia de la búsqueda de Ulises alternándola con canciones de Julio Iglesias. Ulises no sabía nadar. Y aunque hubiera sabido le habría servido de poco, dada la altura en que se encontraba la barca y la fuerte marejada que se estableció de repente ese día. El guardia civil jubilado que había participado en aquella operación no paraba de contar una y otra vez esta aventura a los recién llegados que ya la sabían de memoria.

—Si el cuerpo no apareció, ¿a qué cree usted que se debe? El mar no quiere hombres. Tarde o temprano suele echarlos fuera, pero diez años parecen demasiados. ¿No se habló de que se había suicidado atándose el ancla al cuello y que se hundió a cien brazas de profundidad? —preguntó alguien al guardia civil jubilado.

—Tenía razones muy fuertes para no hacerlo. Ese domingo su mujer le estaba preparando patatas fritas para comer.

—¿Y ésa es una buena razón para no matarse?

—Lo es.

—¿Ni para huir?

—Eso creo —contestó muy firme el guardia civil jubilado—. Según contó la mujer en su día Ulises le había prometido que le traería un atún recién pescado, el primero de la temporada, pero las patatas fritas eran lo que

más le gustaba del mundo. Aunque sólo fuera por eso tenía que haber regresado a casa. No había nada que deseara tanto como pescar el primer atún y que Martina friera unas patatas con aceite de oliva. Eso juraba ella.

Media hora después de haber salido el taxista a avisar a su prima Martina a la mansión del cerro donde ahora vivía, Vicente Lambert volvió al puesto de la Cruz Roja muy excitado diciendo que su prima Martina había desaparecido y que nadie sabía de su paradero desde el jueves en que se fue de casa con una bolsa de deporte sin despedirse de nadie. De esta forma en torno a este suceso comenzó a crecer la curiosidad y, si bien a esa primera hora de la tarde de aquel domingo de agosto el termómetro marcaba cuarenta grados, algunos allegados al caso se fueron acercando al puesto de la Cruz Roja y entre ellos estaba el constructor Alberto Sierra, actual marido de la desaparecida Martina, y el hijo que el naufrago Ulises tuvo con ella, a quienes acompañaban otros familiares y conocidos. Abelito era un niño todavía cuando a su padre se lo tragó el mar. Ahora tenía unos quince años y parecía muy reflexivo. El policía municipal levantó el paño y le presentó el cadáver al muchacho que quedó perplejo observándole el rostro detenidamente. El policía le preguntó:

---

—¿Lo reconoces como tu padre?

—No estoy seguro —contestó el muchacho después de un largo silencio.

—¿No recuerdas ninguna señal que tuviera en la cara o en las manos?

—Sólo recuerdo su voz. Mi padre a veces me llevaba al mar en su barca y me cantaba canciones napolitanas.

Aunque tampoco reconocía la identidad de aquel náufrago, para el actual marido de la desaparecida Martina de pronto tomaron sentido algunas reacciones equívocas, ciertos silencios confusos de su mujer durante el último año. Comenzó a sospechar que estaba sucediendo algo muy desagradable. Alberto Sierra era un hombre importante en la localidad, metido en política y que además tenía una constructora con centenares de apartamentos y chalets repartidos por playas y colinas de aquel lugar de la costa. Estaba acostumbrado a imponer su voluntad en el Ayuntamiento con métodos no muy legales y de él se decía que criaba un cocodrilo en la piscina y que si hubiera nacido en Sicilia el capo de los mafiosos le habría servido para ir a por tabaco, pero tenía el corazón más tierno que uno pueda imaginar.

El orgullo de Alberto Sierra le impedía manifestar la angustia que sentía por la desaparición de su mujer. Podía tratarse de un secuestro, aunque hasta ese momento no había re-

cibido ninguna llamada exigiendo rescate. Tampoco se había descartado un accidente, pero después de tres días de ausencia todas las comisarías y hospitales ya habían sido investigados sin resultado alguno. Y por otra parte, pensar que su mujer se había fugado con un amante le sumía en la más profunda humillación. A él no podía pasarle eso. No concebía que Martina, tan dulce y tan sumisa, le hubiera abandonado. Se lo había dado todo. Hija de un tabernero, después mujer de un desarrapado profesor de Instituto desaparecido en el mar, ahora Martina era la señora de este multimillonario, el más influyente político de la ciudad, el cacique indiscutible que mandaba en la sombra. Pese a que no estaba dispuesto a admitir esta contrariedad, sintió una emoción muy confusa cuando vio aquel cadáver vestido con ese maldito esmoquin pasado de moda que él reconocía. No era el rostro del náufrago sino ese esmoquin y la puta flor en el ojal lo que le había perturbado. El día anterior había visto ese traje de novio en el podrido camarote de un barco y era el mismo que su mujer había guardado en un baúl del desván. Entre la gente que rodeaba el cuerpo del extranjero ahogado comenzó a cundir también la preocupación por el paradero de Martina.

¿Dónde estaba el juez? ¿Por qué no había llegado todavía el forense? Eran las pregun-

---

tas que se hacían el policía municipal, el guardia civil jubilado, el grupo de socorristas, el taxista y otros allegados a este suceso a quienes a esa hora del domingo se les estaba pasando ya la comida. En ese momento preciso *Reo*, el perro lobo del juez, había comenzado a ladrar muy excitado en la cala de los nudistas. También comenzaron a oírse los gritos de unas niñas. Primero había llegado el ramo de flores silvestres navegando y a éste le había seguido la pamelita adornada con frutas de raso color lila que trajeron las olas hacia la arena. Ahora un cuerpo de mujer estaba siendo batido por golpes de mar contra las rocas del farallón y allí lo divisaron unos bañistas alarmados. Después la resaca lo fue llevando hacia el fondo de la cala que cerraba la pequeña bahía y parecía llegar mecándose con toda suavidad hasta la playa. Era una mujer vestida con traje sastre de Chanel, de un tono blanco crudo. Había perdido los zapatos, pero no el collar de perlas ni las pulseras de oro. Flotaba boca abajo con los brazos abiertos. Varios nudistas de pie con el agua a la cintura recibieron a aquella mujer llena de algas y entre el oleaje la sacaron a la arena donde fue tendida y auxiliada inútilmente.

En este caso no hubo duda alguna. Desde el primer momento muchos nudistas, entre ellos el juez, reconocieron enseguida a la ahogada. Era Martina, la esposa del constructor

---

Alberto Sierra, aunque la mayoría ignoraba que también fue mujer de Ulises antes de que a éste se lo hubiera tragado el mar hacía diez años. El levantamiento del cadáver no tuvo esta vez ninguna demora: lo ordenó al instante el propio juez, Leonardo Muñoz, completamente desnudo, y fue él mismo quien llamó por el móvil al servicio de socorro para que acudiera a la cala de los nudistas a llevarse a la mujer. Su cuerpo podía salir de la cala por tierra o por mar, pero el equipo de salvamento anunció que iba a mandar una ambulancia que quedaría aparcada en la pequeña explanada donde comienza el acantilado. El cadáver de Martina debía ser transportado hasta allí a brazo o en camilla y para eso tenía que ser ascendido por un sendero escarpado hasta lo alto de la trocha después de atravesar algunos barrancos muy abruptos.

Cuando llegaron los camilleros de la Cruz Roja el cadáver de Martina vestido de Chanel estaba tendido en la arena y el grupo de nudistas que lo rodeaba tuvo que abrirse para que fuera cargado. Alguien le había colocado el ramo de flores en las manos y la pámela de frutas sobre los pies descalzos y de esta forma fue llevado hasta la ambulancia. Bajo el sonido de las chicharras y el violento aroma de las hierbas silvestres los despojos de Martina pasaron a pleno sol por un pedregal que lanzaba destellos minerales. El termómetro marcaba cuarenta gra-

---

dos a la sombra a esa primera hora de la tarde de aquel domingo de agosto y el calor borraba los perfiles de la naturaleza hasta formar con todo una pasta solar muy turbia que no se distinguía del sudor de los ojos. El juez metió el sumario en la cartera, llamó a *Reo* y tirado por la correa del animal a lo largo de la empinada senda, totalmente desnudo a excepción de las playeras Nike, acompañó a la camilla hasta la explanada. Dentro de su propio coche allí aparcado se vistió sucintamente con un pantalón corto y luego siguió a la ambulancia hasta el puesto de la Cruz Roja del Mar donde el cadáver del supuesto Ulises vestido de novio esperaba el de Martina también vestido de novia, como si fueran a celebrar esta vez unas nupcias al otro lado de la vida.

En el puesto de la Cruz Roja se sabía que llegaba una ahogada. Al parecer ese día el mar había dado una gran cosecha, pero nadie sospechaba que fuera Martina esta segunda víctima. Alguien anunció que con el cadáver también venía el propio juez que lo había levantado y el público de curiosos y allegados que rodeaba el ambulatorio, cuyo edificio tenía la traza de una capilla en medio de la explanada del puerto, semejaba a ese grupo de invitados a una boda que espera fuera de la iglesia a que lleguen los contrayentes. En este caso el novio,

aunque nadie sabía quién era, ya había venido desde alta mar por el lado de la playa abierta que se extiende al norte de la población de Circea y ahora la novia salida también de las aguas azules estaba a punto de arribar por el sur desde una de las calas del acantilado. A simple vista parecían dos seres hechos el uno para el otro que se buscaban más allá de la muerte.

Cuando la ambulancia se hizo visible entre los contenedores que esperaban el embarque al pie del transbordador de Ibiza el público produjo el natural murmullo de expectación y al instante se abrió para facilitar la maniobra en la misma puerta del ambulatorio. En ese momento algunos repetían el nombre de la ahogada sin equivocarse. Era Martina, mujer de Ulises, Martina, la esposa del constructor, la madre de Abelito, la hija de Basilio Lambert, dueño de El Tiburón, una de las cantinas del puerto.

Nadie se equivocaba porque Martina podía ser las tres o cuatro mujeres a la vez. Ulises la estaba esperando dentro tendido sobre una mesa en una habitación donde también había una zodiac de salvamento. El hijo Abelito y su padrastro, el multimillonario Alberto Sierra la aguardaban en primera fila bajo el dintel para ser los primeros en recibirla cuando se abriera la ambulancia. Ambos alimentaban una remota esperanza de que se tratara

---

de un cadáver incierto, pero habían comenzado a llorar de antemano sin tener la absoluta seguridad de por quién lo hacían, y para detener sus lágrimas no fue suficiente el que Martina llegara sonriendo abrazada a un ramo de lirios salvajes más hermosa que nunca, cosa que asombró a todo el mundo. Apenas cumplidos los treinta y cinco años Martina manifestaba la sazón de una gran belleza sólo arañada por unas leves arrugas que la hacían aún más atractiva y su cuerpo tenía una fragilidad que obligaba a imaginarla como un ser transparente sin dejar de ser por eso una mujer muy fuerte. Al posarse la muerte sobre ella, lejos de abotargarla a causa del naufragio, le cubrió el rostro con una dulzura que llegaba a la fascinación. De esta forma fue apeada de la ambulancia mientras el barco que iba a zarpar hacia la isla hizo sonar la sirena cuyo oscuro soplido parecía un homenaje a los náufragos y el llanto de la familia siguió a este sonido hasta la habitación donde los camilleros la depositaron en otra mesa junto al cadáver de Ulises y, aunque nadie lo dijo, todos pensaron que hacían una magnífica pareja.

El juez dio algunas explicaciones a los familiares acerca de la aparición del cadáver de Martina en la cala de los nudistas. A su vez el guardia civil jubilado volvió a contar los pormenores de la llegada del ahogado allí presente

a la playa abierta. Al contemplarlos ahora juntos y acicalados como para una fiesta o ceremonia nupcial, todos sospecharon que ambos cuerpos estaban relacionados o atados por un nudo irremediable; en principio se creía que podía tratarse de un crimen o de un misterio que habría que resolver, pero nadie imaginó que estos cadáveres acababan de vivir una maravillosa historia de amor.

A ciencia cierta no se podía asegurar todavía quién era el contrayente que había acompañado a Martina al más allá. Ulises no tenía familia. Algunos amigos y conocidos aportaron detalles pero ninguno era concluyente. Después de que los familiares derramaran las lágrimas inevitables la pareja de ahogados, previa orden del juez, partió en la misma ambulancia hacia el depósito del hospital comarcal situado en la falda de una montaña con vistas al mar para que el forense realizara la autopsia y hacía tanto calor en ese momento que la ropa de los cadáveres se había secado enseguida pero ahora ellos habían comenzado también a sudar.

Bajo el bochorno de ese domingo de agosto las terrazas del puerto a la sombra de los plátanos estaban repletas de turistas sedientos y los ahogados cruzaron este bullicio del paseo flanqueando el tinglado de la orquesta que iba

---

a amenizar las fiestas del verano. Los novios llegaron al depósito y fueron guardados en el frigorífico. Poco después comenzó a sonar la orquesta en el paseo de las palmeras frente al muelle donde estaban atracados los pesqueros y mientras tanto ya doblaba el sol sobre el castillo dispuesto a componer un crepúsculo sangriento de primera calidad, algo así como una gloria de Bernini que a veces hacía aplaudir a los forasteros.

En el polvoriento atardecer, con el sol ya muy oblicuo, el espejo de la dársena se había convertido en una lámina de oro y en ella flotaban las manchas iridiscentes de aceite pesado que dejaban los transbordadores de Ibiza y otros cargueros. A lo largo del muelle estaban tendidas las redes de pesca con boyas de todos los colores y entre ellas se habían montado puestos de helados, tenderetes de pipas y caramelos, mercadillos de pequeña artesanía con mantas tendidas en el suelo y abriéndose paso en el bullicio de la fiesta pasaban grupos de jóvenes con las mochilas para abordar los sucesivos barcos rumbo a la isla y sobre esta sensación de felicidad mediterránea donde no faltaban gatos paseándose por las cubiertas de las barcas sonaba una orquestina que no tocaba rock sino canciones melódicas a cargo de un vocalista con patillas, pelo de brillantina, paquete ceñido, camisa con alas y un peine en el bolsillo de

---

atrás. Desde lo alto de la tarima bajo las palmeras cantaba un bolero de Benny Moré que decía: *Hoy como ayer, yo te sigo queriendo, mi bien, con la misma pasión que sintió mi corazón junto al mar.*

Esa melodía bailaba el forense Fabián García amarrado a su novia Marita en medio de una multitud sudorosa y feliz bajo un aroma de almendras garrapiñadas. Las terrazas de los cafetines del puerto estaban pobladas de veraneantes con la tripa al aire rodeados de madres que tiraban de los carritos de bebés sobre envases pringados con restos de helados y había llantos de algunos niños, gritos de muchas pandillas adolescentes que lamían algodones de azúcar y estruendo de tubos de escape de las motos que cruzaban. Algunas ventadas del siroco se llevaban este jolgorio de la tarde de domingo hacia las afueras del barrio marinero y por la punta de la escollera se perdía en el mar y con el viento se alejaban también las melodías de amor que cantaba el vocalista entre solos de trompeta. Era la mitad de agosto. El verano no había entrado aún en melancolía y aunque ése había sido un día aciago en que había finalizado trágicamente una historia de pasión, la gente bailaba, escupía pipas de girasol, tomaba cerveza, sudaba y era feliz sin importarle nada que no fuera vivir ese instante, y el más pegado a la dicha del momento era el forense Fabián García.

---

Pero en mitad de la verbena, cuando el sol ya se iba por detrás del castillo, al forense lo descubrió el mismo socorrista que le estuvo llamando con el megáfono en la playa y que ahora bailaba a su lado la canción *Corazón de melón, de melón, melón, melón, corazón* y sin dejar de bailar, el joven socorrista se acercó al oído del forense y le dijo:

—Dos cadáveres le esperan a usted en el frigorífico. Le hemos estado buscando todo el día.

—¿Ha habido algún crimen? ¿Tiene eso algo que ver con la muerte del constructor? —preguntó el forense bailando el foxtrot.

—Son dos ahogados. Dicen que uno de ellos ha vuelto a tierra después de diez años de haber naufragado.

—Como Ulises —exclamó el forense.

—¿Cómo ha sabido el nombre?

—He leído la *Odisea*, joven. No crea que soy analfabeto.

Los cadáveres de Ulises y de Martina habían pasado la noche de bodas en la nevera del depósito en el hospital y estaban preparados para emprender un eterno viaje de luna de miel en cuanto el forense les hiciera la autopsia. El hospital era muy alegre. Todas las habitaciones y los quirófanos tenían vistas al mar. Enfermeras muy lozanas iban cantando por los

---

pasillos, los celadores también silbaban tonadillas de moda mientras tiraban de las camillas y los cirujanos se llamaban a gritos para concertar paellas entre ellos para el fin de semana. La sala de disección se abría con un gran ventanal a un panorama azul con toda la bahía. Los días en que soplaban el mistral, que es un viento claro, desde allí se divisaba Ibiza como una nítida silueta mineral; a levante salía el vástago del cabo con el acantilado lleno de erosiones y grutas marinas; por el norte aparecía la fortaleza romana de Sagunto detrás de las brumas que exhalaba la Malvarrosa cerrando este seno del Mediterráneo.

A primera hora de la mañana, mientras realizaba la autopsia a la pareja de ahogados, el forense tenía ante sí esta espléndida visión. Por lo demás el trabajo no carecía de rutina, pero eran tan hermosos y elegantes los cadáveres que Fabián se propuso hacerles el menor daño posible. Se limitó a buscarles las entrañas bajo el esmoquin y las sedas de Chanel y cuando levantaba los ojos veía salir por la bocana del puerto el barco que iba a la isla cargado de jóvenes con mochilas que eran como guerreros dispuestos a ganar una gran batalla. También veía pasar los veleros de alguna regata y las barcas de pesca que estaban faenando. Por el contrario, si bajaba la mirada sólo podía hallar unas vísceras sin demasiado misterio.

El análisis del cuerpo de Ulises demostró que su estómago y sus pulmones estaban llenos de agua de mar. No presentaba ningún síntoma que no fuera el de un naufrago ordinario. Lo mismo sucedía con el cadáver de Martina. Todo estaba en regla. No obstante el forense debía realizar todavía algunos cultivos y mientras con el bisturí se abría paso en el interior de ambas carnes para extraer algunas muestras comentó que ya estaban pasando los atunes y que había que prepararse para salir de pesca dentro de unos días.

—¿Quién será este individuo, Ulises Adsuara o un turista de Corfú? —le preguntó el ayudante al forense.

—No sé. Voy a tomarle las huellas dactilares y se las daré al juez. ¿Sabes?, a mí lo que más me gusta es pescar al curricán con cucharilla. No tienes que cambiar de cebo.

—Ahora están pasando sólo los alevines. Debería estar prohibido pescarlos. Mira esto, Fabián —exclamó el ayudante.

—¿Qué es eso?

—Ha aparecido un pequeño boquerón en el estómago de Ulises o de quien quiera que sea este caballero.

—Qué curioso. ¿Ves? —dijo el forense Fabián—. Debería estar prohibido pescar boquerones, eso sí. Pero los atunes son peces que engordan por momentos porque no pueden pa-

rar de comer y de navegar y nunca duermen. Hace un tiempo en la almadraba de esta cofradía se anilló uno de esos alevines con una chapa en la que se hizo constar la fecha, el peso y el tamaño de la pieza, unos diez centímetros de largo y doscientos gramos de peso aproximadamente. Al cabo de cuatro años ese atún fue capturado cerca de la isla de Sumatra y pesaba casi cuatrocientos kilos. Oye, corta por aquí. Vamos a sacarle un trozo de intestino a este señor tan elegante, pero cuida de no estropearle el esmoquin porque parece que esta tarde se va a casar. Ahora hay que tomarle las huellas dactilares a esta pareja de argonautas. Después haremos la ficha y asunto terminado. ¿Te vienes el sábado a pescar?